

El Pez Explosivo

Señoras y señores:

Imagino que les extrañará verme aquí arriba, vestido correctamente a la occidental y dirigiéndome a ustedes en su idioma. Imagino también que imaginarán que precisamente esa es la razón por la que he sido invitado hoy aquí: para contar mi historia.

Sin duda alguna soy un caso único en el mundo porque teniendo todas las características propias de mi especie hay algo que me hace diferente. No sólo porque doy conferencias y escribo en varios medios de comunicación sino porque me desenvuelvo en tierra firme con bastante soltura. Eso, estarán ustedes de acuerdo conmigo, me transforma en un personaje especial tanto a éste como al otro lado de la costa.

Se preguntarán cómo pasé de un medio a otro, cómo se realizó este cambio. Es fácil. Para la aceptación social en principio basta con copiar la apariencia de los que te rodean. Todo cambio comienza con una primera fase de imitación y para un animal de otra especie imitar a un ser humano es relativamente fácil ya que en la nomenclatura de tipos frenológicos humanos se confirma que todas las morfologías animales conviven dentro de vuestra especie. Sólo tienes que identificar a qué *grupo* te pareces e imitarlo. Una vez dentro de una comunidad podrás observar con más detalle, imitar comportamientos, costumbres. Lo que comen, lo que dicen o con qué órgano respiran. Es evidente que algunas cosas son más difíciles que otras.

Pero no todo se ciñe a imitar y aprender, por ejemplo, algo tan simple como permanecer sentado largo rato es algo que llevo mal, no tanto por mi morfología como por mi temperamento. Poco más o menos lo mismo me pasa con la ropa. Tengo que tolerarla si quiero vivir en sociedad y eso saca a la luz una de mis contradicciones innatas: necesito estar sin ataduras, ir desnudo, sentir el aire sobre mi piel, pero la única forma que, al menos de momento, he encontrado de trascender por encima de mis congéneres es viviendo dentro de esta sociedad vuestra, próximo a los centros de poder, procurando que se conozca mi labor, que se escuche mi voz y para eso, lamentablemente, necesito estar completamente vestido y, lo que es peor, correctamente calzado.

Al principio me resultó un poco difícil integrarme, como para cualquier extranjero ser aceptado perteneciendo a una cultura diferente y especialmente en mi caso, debido a las diferencias formales con respecto a las taxonomías convencionales con las que se clasifica a los foráneos: negro, latino, asiático o árabe. Tuve que mentir, ocultarme e incluso intimidar a otros y eso con mi aspecto comprenderán que no me cuesta demasiado. La solución la encontré en la gran metrópoli, donde a nadie extraña la apariencia o el olor del recién llegado y se puede circular discretamente sin papeles que demuestren que tu nacionalidad es ésta, que está limpio tu expediente policial y, en mi caso, que eres un ser humano.

Cuando salí del mar tenía una gran necesidad de hablar, de contar mi historia, de desahogarme, nunca mejor dicho en mi caso, y fue en los bares del puerto donde encontré las primeras muestras de comprensión, si bien es cierto que en estos lugares nunca hallé a nadie lo bastante interesante o lo suficientemente sobrio como para hacer que esto no pasara de ser una válvula de escape. Tengo que añadir que, en esos primeros días de mi existencia terrestre, no estaba yo muy presentable y reconocer, además, que poco y mal vestido tengo peor aspecto a los ojos de los humanos de lo que yo mismo podría desear.

Allá abajo todo era distinto, era aceptado, podía relacionarme o si lo deseaba pasar desapercibido y así gozaba de la mayor tranquilidad que se puede tener: ser igual a los demás. Pero aún así es evidente que para mí el cambio valía la pena. En tierra podría desarrollarme intelectualmente, contrastar mis opiniones, ampliarlas, aprender cosas nuevas y sobre todo expresarlas. En el agua podía nadar, flotar o sumergirme, ya lo dije, pero allí abajo la velocidad de la evolución va a una lentitud de vértigo. No podía con ello. Así es que preferí arriesgarme y empezar desde abajo, desde los muelles, desde las tabernas, es decir desde cero. Partiendo de la base de que hasta en el infierno se puede aprender algo nuevo, me apliqué, prestos los oídos, la paciencia y con un vaso de vino siempre lleno en la mano, porque ya se sabe que los borrachos siempre tienen su propia historia que contar y sólo escuchan la tuya para retenerte a su lado y así poder tener una oreja que les escuche en cuanto puedan interrumpirte para, a continuación, contarte ellos sus siempre interesantes salmodias. Así es que me relajaba, pagaba otra ronda y esperaba mi turno o bien hacía como hacen ellos: seguía hablando, haciendo caso omiso a la otra voz, hasta que uno de los dos se cansaba y el otro podía continuar su monólogo.

Para mí lo importante en ese momento era hablar, poner en orden mis ideas, verbalizarlas para poder sintetizar enunciados, estructurar ideas, destilar la esencia de los conceptos, para cuando llegara la hora de exponer al mundo mi caso en público, es decir me preparaba para lo que estoy haciendo ahora mismo ante ustedes: revelar mi naturaleza excepcional.

Y porque he de confesarles que aunque soy un koi al que le gustaría comparar su temperamento con el de un lucio dentado y peligroso, en realidad mi idiosincrasia está más cercana a un shubunkin de pecera redonda, misántropo, cauto y sobre todo mudo, al que le cuesta relacionarse. Yo me he planteado socializar con vosotros, humanos, como un deber para con mi especie: el de explicar mi evolución a los hombres por ser el mío un caso singular y levantar la voz, como si de una cruzada se tratara, para exigir respeto y dignidad para todas las especies subacuáticas aunque sólo sea por el temor que mi presencia infunde, porque, y esta es mi revelación, lo que me hace único es una capacidad, extraordinaria y terrible, de la que estoy dotado: Soy un pez explosivo.

Lógicamente no puedo hacer ante ustedes una demostración práctica ya que lo empírico me destruiría instantáneamente, por tanto sólo puedo contar con el beneficio de la duda, o dicho de una forma más religiosa, con la fe de los que me rodean, fe sumada al temor de que mi potencialidad sea cierta y por tanto letal para los que se animen a comprobarlo.

Como en vuestros mitos griegos cuando la humana Semele, embarazada por Zeus, le hizo jurar al padre de los dioses que le daría una demostración fehaciente de su naturaleza sobrenatural, es decir, presentándose ante ella como lo que era, un dios, éste se vio obligado a cumplir su juramento apareciéndose ante ella en todo su esplendor divino, matándola con la llama ardiente que generaba su presencia. Así pues, sin ánimo de compararme con los olímpicos, mi caso es similar. Soy un peligro para los incrédulos y desde que descubrí esta capacidad mía de modificar mi estado de sólido a gaseoso, o sea de estallar a voluntad, mi vida y mi trabajo se han centrado en dar a conocer al mundo mi singularidad, no tanto por ser explosivo como por ser el único que ha sobrevivido a su cualidad explosiva para contarla.

Porque si bien es cierto que me he reproducido con éxito, y he engendrado varias docenas de cientos de vástagos de uno y otro sexo que poseen mi misma capacidad, pero, lamentablemente, ninguno de ellos, hasta la fecha, dotado del autocontrol

necesario para tomar conciencia de la importancia de esta sensible variable de nuestra especie y, a la primera de cambio, por un disgusto, un enfado o el miedo al verse acorralados por un pez superior, han explotado, desperdiciando su tremendo potencial de energía, esta maravillosa cualidad de la que fuimos dotados, en la defensa inútil de la abeja, que muere para salvar su vida. Como método de defensa reconocerán ustedes es el más absurdo: la salvación a cambio de inmolarsse. Sin embargo ahora por fin puedo afirmar a la humanidad que somos miles bajo el agua los que hemos tomado conciencia del incomparable valor de poseer esta capacidad explosiva nuestra y pensamos hacerla valer.

Por tanto quiero hacer desde aquí un llamado a los ictiólogos, a los oceanógrafos e incluso a los limniólogos, para asegurarles que, desde los trabajos del insigne Rondeletious con su tratado *De Piscibus Marinum* en tiempos del Renacimiento, hasta la actualidad, no se ha descrito ninguna especie con características similares a las nuestras. Por eso salí del agua y decidí ser algo más que otro de los cientos de millones de antozoos que suben, bajan y se dejan arrastrar por las corrientes con la única función de comer, reproducirse, etcétera y ascendí como un pez orgulloso de mi especie para mezclarme con el cardumen de la vuestra que, si bien no es la superior, sí es la más temida, para dar a conocer y, ¿por qué no?, ofrecer al mundo esta cualidad mía tan especial.

Cuando por fin encontré un interlocutor realmente interesado en mi historia, en mi problema y, sobre todo, en mi don especial, pasé horas enteras junto a él repitiendo conceptos, revisando sus notas, intentando explicar coherentemente mi capacidad de explotar y cómo esta capacidad es debida a mi estructura molecular.

Nuestros propios científicos, sí, no me miren así, nuestros científicos subacuáticos, de mi misma especie o sea peces como yo, concentraron todos sus esfuerzos en explicar y dilucidar nuestra condición cuando hicieron el revolucionario descubrimiento de que no todas las especies bajo el agua eran capaces de explotar a voluntad.

A raíz de estas investigaciones se descubrió que en nuestro ADN se encuentran composiciones similares a las de especies minerales habituales en los fondos marinos como son el salitre, el azufre y el carbón. Algo tan simple como que en mi organismo poseo, aunados, todos los elementos que conforman la pólvora. Hasta ahí todo podría parecer sencillo pero aún hay algo más, ya que tener la posibilidad de explotar no significa *poder explotar*.

De todos es sabido que la pólvora no explota, sólo se quema, lo que explota es el recipiente donde está. Los gases que genera la pólvora al arder en un espacio muy reducido comprimen el oxígeno produciendo una gran presión contra las paredes. Eso es lo que explota. Para que esto ocurra el recipiente, el órgano en mi caso, tiene que estar herméticamente cerrado y producirse una combustión lo bastante rápida, ya que, en caso de ser demasiado lenta, podría solamente arder, sin llegar a explotar y yo no soy un pez que arde, soy un pez que explota.

Y exploto no porque en el extremo de mi cola tenga una mecha de mecate sino que yo mismo soy el explosivo y el detonador. Esto, he de confesar, es una de las cosas que más me halaga, ya que al mecanismo de detonación también se le llama *iniciador*. ¿Y qué es un iniciador sino el principio de algo? Y así me siento yo, queridos amigos, no sólo un ser único, sino también el primero de un nuevo orden mundial, ya que, aun después de relacionarme con humanos largo tiempo, mantengo intacta mi capacidad de explotar a voluntad, pudiendo regir mi destino final y el de cuantos estén a mi alrededor o en la misma habitación, como es el caso de ustedes en este momento.

Pero tranquilos. Les aseguro que no hay por qué preocuparse. Mi ferviente deseo es que la buena nueva de la existencia de los peces explosivos sea la que de verdad se propague y no mi onda expansiva.

Para quien pudiera tener interés en este mecanismo lo explicaré de forma sencilla: Según nuestros anatomistas los peces explosivos tenemos bajo la espina dorsal una glándula compuesta llamada *saccarum*, que genera nitrato de potasio, azúcar y ferróxido de aluminio. Dicha glándula se encuentra conectada al sistema nervioso. Cuando el pez explosivo quiere poner en marcha su capacidad explosiva envía una chispa electromagnética desde su *pulvis vacua* a la válvula llamada *piriutiona*, habitualmente cerrada. Al recibir el estímulo dicha válvula se abre conectando la *saccarum* con la *glama* a través de un vaso llamado *el Pasillo de Olive*, que es el órgano en donde se encuentran depositados nitrosos sensibles, generados por la *saccarum*, flotando en una solución retardadora compuesta básicamente por peróxido de hidrógeno, que no es más que agua oxigenada. Cuando ambos fluidos convergen y entran en fusión, se produce benzoquinona que, generando una temperatura altísima, deshidrata la solución inhibidora, activando en *la Navaja de Ockham* una primera deflagración, que vendría a ser como la chispa de una bujía para un motor. Esto hace arder los compuestos carbónicos hasta generar un núcleo de alta densidad térmica.

Entre tanto se ha activado la *fóvea menor* que secreta, por las células epiteliales óseas, una mezcla de las enzimas catalasa y peroxidasa, produciendo un crecimiento acelerado en los contornos de las escamas que conforman mi piel, soldando éstas entre sí. En la *fóvea mayor* se dispara la hidroquinona, que interviene en la síntesis de la quitina y que es un producto característico del metabolismo de los moluscos. Unidas ambas sustancias hacen que todo el cuerpo exterior del pez explosivo mute en un verdadero exoesqueleto, similar al de los cangrejos, pero herméticamente cerrado en sí. Blindado. En su interior los gases producidos por la combustión acelerada comienzan a comprimir las paredes cerradas hasta que los nitratos carbónicos estallan con una fuerza comparable al peso de mi cuerpo, en mi caso unos 60 kilos, de explosivo plástico.

Espero no suponer demasiado si pienso que la mayoría de ustedes, después de mi explicación y tras haberme escuchado unos minutos, habrá llegado ya a la conclusión de que no sólo soy una bomba viviente sino que, además, soy una bomba inteligente.

Sin embargo, hasta ahora, he tenido que limitarme a contarlo así, ante pequeñas audiencias, casi siempre comprensivas, como hoy aquí, invitado por vuestra distinguida asociación cultural a la que quiero agradecer desde aquí su interés, porque hasta la fecha ninguna Academia solicitó de mí que escribiera mi propio informe como al célebre Peter el Rojo. En lo personal he de decirles que mi corazón pegó un vuelco cuando cayó en mis manos el Informe de este simio ante la Academia de Medicina. ¡Otro animal en la misma situación que yo! Que, tras muchas penurias, tantas como yo, por fin consiguió que su caso fuera reconocido como objeto de estudio y que esto le permitiera vivir desahogadamente. ¡Y con qué pasión lo cuenta! ¡Él, que sólo podía hablar y razonar! Reconozco que, aunque me sienta hermanado en lo vivencial con su aventura o cómplice en muchos momentos de melancolía de Peter, creo que mi caso es infinitamente más interesante e incluso más útil para la sociedad.

Porque yo les pregunto ¿Qué podría ofrecer Peter a los hombres más que transmitir su idiosincrasia simiesca, es decir, dar conferencias? ¿Un simio de music-hall, como él, sería útil para algo más que para ser objeto de estudio? ¿Crearían a partir de él una raza de monos parlantes que podrían trabajar y tomar ciertas decisiones, como que el destornillador se coge por el extremo del mango de plástico de color naranja y que la punta metálica es para aplicarla a la muesca del tornillo? Puede ser. Pero eso no es nada comparado a lo que yo puedo ofrecer.

¿Podrían hacer de él, pongamos por caso, una fuerza de presión necesaria en una crisis política o bélica? Nada de eso. Sin embargo, imaginen ustedes por un momento un mundo en el que, ante un conflicto, el gobierno envía a media docena de negociadores de mi especie, que en caso de tensión podrían llegar a explotar. ¡Como arma de paz sería fantástico! Ningún dictador querría vérselas con unos observadores internacionales explosivos en el referéndum amañado que planea. ¿Qué cónsul en Oriente Medio no querría tener un secretario explosivo a su lado por lo que pueda pasar? Qué embajadores, pongamos por caso, serían más cotizados ¿Eh? ¿Los embajadores que supieran usar un destornillador de manera adecuada o los embajadores explosivos? ¡Está claro! Todos ustedes preferirían un embajador explosivo. Por no hablar del policía explosivo, el abogado explosivo o un ejército, una fuerza militar explosiva por sí misma, que no requiriera usar armas. ¡Sería una bomba!

Piensen, pues, seriamente los gobernantes en el inmenso servicio que estamos dispuestos a ofrecer los peces explosivos a la paz mundial porque, señoras y señores, esa es precisamente la misión que me he dado: Para empezar, pedir a las autoridades que admitan las solicitudes para regularizar la situación de miles de mis congéneres, que están en este preciso instante esperando noticias mías, cerca de sus costas, dispuestos a aterrizar desde las profundidades del mar. Que sus capacidades sean tenidas en cuenta por el gobierno de su país, ya que en caso contrario podría darse que este gran contingente explosivo decidiera emprender acciones dirigidas a hacerse con el control de la sociedad humana y de sus estamentos por la vía de la fuerza.

Por tanto quiero invitar desde esta tribuna a sus mandatarios, para que se reúnan conmigo y así determinar las condiciones de acogimiento por la vía pacífica, otorgando a los peces explosivos la nacionalidad de su país y un puesto de trabajo a la altura de nuestro enorme potencial. Que evalúen los múltiples beneficios que esta decisión conllevaría, beneficios que aún están pendientes de conocerse en toda su amplitud pero que, sin duda, serán de altísimo valor estratégico y científico.

Así mismo dejar bien claro que los peces explosivos no hemos elegido nuestra condición pero sí hemos elegido a su comunidad, para ponernos humildemente a su servicio. No desestimen la gran suerte que significa poder tenernos de su parte. Siéntanse pues orgullosos de poder contar con nuestro potencial y reflexionen sobre los distintos frentes en los que podemos aplicar nuestras capacidades.

Esto debería ser el inicio de una nueva era de colaboración entre los peces y los hombres, unión tras la cual ambas especies saldrían fortalecidas. Considerándonos todos, peces y hombres, dignos ciudadanos del mundo.

Hagamos uso, desde ya, de esta posibilidad con inteligencia y sentido común y pongámonos a trabajar unidos porque el futuro no espera.

Y ya para terminar mi charla, ahora que me confirman que las puertas del auditorio están herméticamente cerradas, quiero pedir la amable colaboración de alguien del público, un voluntario. Usted mismo. Al que quiero solicitar use este teléfono para llamar al número que aparece ahí. Sólo tiene que pulsar el botón verde. El verde, sí. Y decir, por favor, que de aquí no va a salir nadie hasta que se garantice la libre circulación de los peces explosivos y la igualdad de derechos entre los peces y los hombres, a menos, claro, que todos ustedes quieran explotar conmigo.

¡Soy un ciudadano del mundo! ¡Soy un pez! ¡Viva la república!